

— Otro podría anticiparseos, pues la palabra se concede al que la pide primero. Hacer enganchar es perder inútilmente un cuarto de hora.

— Si halláis algún medio de hacerlo de otro modo, decidlo ; pues no creo que me propongáis ir á pie desde aquí al Luxemburgo ; y á menos que vuestro carruaje no esté abajo, y me ofrezcáis un asiento en él...

— Iba á proponéroslo, efectivamente, dijo Mr. de Marande.

— Acepto con reconocimiento, repuso Mr. de Valgeneuse.

Y aquellos dos hombres que acababan de convenir en degollarse á la mañana siguiente, salieron del palacio, por decirlo así, cogidos del brazo y como amigos.

Al salir, Mr. de Marande encontró lo mismo que por la mañana á Camilo de Rozán, el cual bajaba de su carruaje.

— Es la segunda ocasión, qué tengo la satisfacción de encontraros hoy, y casi en el mismo sitio, dijo Mr. de Marande.

— Lo mismo me sucede, por consecuencia, contestó el americano ; estas son las casualidades que han sucedido siempre, y Moliere ha escrito unos versos sobre ese asunto, que me parece empiezan :

Aqueste sitio me agrada, etc., etc.

— Si tenéis alguna cosa que decir á Mr. de Valgeneuse, continuó el banquero, apresuraos, porque como os dirá él mismo, tiene mucha prisa.

— ¿ Es, en efecto, á mí á quien venís á ver, querido amigo ? dijo Loredán tendiendo la mano á Camilo.

— Sin duda, repuso el criollo, sonrojándose ligeramente.

— ; Pues bien ! venís en mal hora, pues no me encontraréis ; acabo de salir, dijo Loredán, subiendo al carruaje de Mr. de Marande ; pero subid, sin embargo, veréis á mi hermana, cuya vista os será tan agradable, según creo, como la mía. Adiós, pues, ó más bien hasta la vista.

Y el carruaje partió al galope.

Diez minutos después, Mr. de Valgeneuse entraba en la Cámara de los Pares y pedía la palabra.

CAPÍTULO XVI.

DEL DISCURSO DE MR. LOREDÁN DE VALGENEUSE EN LA CÁMARA DE LOS PARES, Y DE SUS CONSECUENCIAS.

La victoria de Navarino, última reacción de Europa contra el Asia, acababa de ser comprada al precio de seis años de incesantes combates y luchas gigantescas. Los Epaminondas, los Alcibiades y Temistocles modernos, eran la admiración del mundo entero ; se diría que habían encontrado, como Teseo, las pesadas armas de sus padres, escondidas en los campos de Salamina, de Maratón y de Mantinea.

Con aquel sentimiento de independencia, despertado en los griegos después de tantos años de estupor, bajo el hábito de la revolución francesa, el corazón de la Europa se había conmovido. Hugo y Lamartine lo habían cantado ; Byron había muerto por ellos. Su causa había venido en cierto modo á ser la causa de la Francia, y habían sufrido por sus derrotas como habían aplaudido sus victorias.

Mientras este sentimiento era más universal y nacional,

menos agradaba á Mr. de Villele; y debe recordarse que nadie se había mostrado mayor enemigo de la revolución helénica.

Así, cuando Mr. Loredán de Valgeneuse, cuyas opiniones ultrarrealistas eran conocidas, pidió la palabra, la mitad, ó más bien las tres cuartas partes de la Cámara, que participaban de las opiniones del honorable par, exclamó con una sola voz:

— ¡ Hablad ! ¡ hablad !

Después de haber reasumido brevemente las principales fases de la insurrección, Mr. de Valgeneuse llegó en medio de los aplausos de toda la Cámara á deplorar aquellos siniestros acontecimientos á que se da el nombre de victorias.

— Todavía, exclamaba, no sabríamos dirigir un reproche al gobierno de la mayoría; por un sentimiento caballeresco que se remonta hasta las Cruzadas, ha admitido esta fatal coalición contra los turcos. Guardemos nuestra cólera, reservemos nuestra severidad para los que la han merecido, para los que por locura ó por interés sostienen las revoluciones en otros países, no pudiendo fomentarla en el suyo. No quiero nombrar á nadie, añadía el orador, y entretanto el nombre de un banquero célebre está en los labios de todos. Se sabe de qué caja salen los tesoros que alimentan la revolución. Ahora, os pregunto, señores, aunque expusiera mi vida al pensar en los motines de los últimos días, ¿ no es permitido decir que aquel que subvenciona á los sublevados en Grecia, puede también subvencionar á los griegos de París ?

Esta antítesis promovió estrepitosos aplausos; el nombre de Mr. de Marandé corrió de boca en boca, pues el banquero no era querido en la Cámara de los Pares: su elevación

repentina, inesperada, al ministerio de Hacienda, no había modificado la opinión que de él se tenía; por eso celebraron tanto el verlo tan desembarazadamente atacado por Mr. de Valgeneuse.

Hubo, sin embargo, entre aquellos aplausos muchos murmullos.

El general Herbel interrumpió al joven par, y desde su asiento protestó contra lo que acababa de decir, intimando á Mr. de Valgeneuse que retractase aquellas palabras que tenían el carácter de un grosero insulto.

— ¡ Insulto, sea ! replicó Mr. de Valgeneuse, una vez que la verdad os parece un insulto.

— Pero, exclamó otro par, no es posible que acuséis formalmente á Mr. de Marandé de haber subvencionado á los amotinados de la calle de Saint-Denis.

— Vos sois quien lo nombráis, señor, y no yo, respondió Mr. de Valgeneuse con el aire más impertinente posible.

— ¡ Jesuita ! murmuró en voz alta el general.

Mr. de Valgeneuse recogió al punto aquella palabra, pero sin irritarse, como hubiera podido creerse.

— Si el general cree ofenderme, dijo, llamándome jesuita, comete el más grave error. Es absolutamente lo mismo que si yo le llamase militar. No creo que en eso vea una injuria.

La discusión concluyó ahí, y se pasó á la orden del día.

Al entrar en su casa, á eso de las cinco, el general Herbel encontró á Mr. de Marandé que lo esperaba.

El banquero estaba ya avisado del incidente de la Cámara y de los detalles que le habían acompañado.

Al verlo, el general se figuró la causa que lo llevaba, y tendiéndole la mano, le hizo sentar.

— General, le dijo el banquero, he sabido con el mayor asombro, que Mr. de Valgeneuse, sin nombrarme, es cierto, pero designándome con toda la claridad posible, me ha insultado en la Cámara de los Pares; verdad es que al mismo tiempo he sabido con una satisfacción mezclada de orgullo que me habéis defendido. Ser insultado por Mr. de Valgeneuse y defendido por vos, es un doble honor, al cual os estoy muy agradecido. Así que, no he querido perder un minuto tardando en venir á daros las gracias por vuestra intervención en ese asunto.

El general se inclinó de un modo que quería decir:

— No he hecho más que cumplir con mi deber de hombre honrado.

— Además, continuó el banquero, esto me ha dado una esperanza, y es que querríais, estando unido conmigo, sin ser instado por mí, acompañarme en el giro que tengo intención de dar á este insulto.

— Estoy á vuestra disposición, mi querido señor de Marande, y á fe mía que conociéndoos como os conozco, estuve tentado por pedir, sin esperar el paso que acabáis de dar para conmigo, en vuestro nombre, al salir de la Cámara, una reparación á vuestro ofensor.

— Hé ahí una intención que me halaga, general, porque ella indica todo el aprecio que tenéis á bien hacer de mí.

— Ahora, dijo el general, ¿conocéis á vuestro adversario?

— Poco.

— Es un joven presumido, y que tiene poca constancia en sus ideas.

— ¡Oh! dijo Mr. de Marande frunciendo el entrecejo y dando á su fisonomía una expresión de odio que no se hubiera creído poder esperar de él.

— Esa clase de pillos, dijo el general, rara vez tienen después de comer la misma opinión que tenían antes.

— Pues bien, general, dijo riendo Mr. de Marande, hay un medio de impedir que cambie de opinión después de la comida.

— ¿Cuál?

— El de arreglarlo todo antes de comer, y el banquero sacó su reloj. Son las cinco y no come hasta las seis y media; si tenéis á bien servirme de primer testigo, vamos á tomar el carruaje para buscar el segundo; al paso, si queréis, hablaremos de las condiciones del desafío.

— Con mucho gusto, contestó el general; sólo sentiré que hayan desenganchado.

— Poco importa, ahí está mi carruaje, dijo Mr. de Marande. Calle Macón, núm. 4, dijo al cochero.

— ¿Calle Macón? repitió el general como preguntando qué significaba aquel nombre.

— ¿Dónde diablos estamos? preguntó el general, viendo el carruaje detenerse á la puerta de Salvador.

— Donde dije á mi cochero nos condujera.

— ¡Oh! ¡qué calle tan miserable!

Después mirando la casa:

— ¿Es aquí adónde venimos? preguntó Herbel...

— Sí, general, contestó Mr. de Marande sonriendo.

— ¡Oh! ¡qué casa tan ruin!

— Pues bien, dijo Mr. de Marande, en esta calle, y en esta casa es donde vive uno de los hombres más honrados y más cumplidos que conozco.

— ¿Cómo lo llamáis?

— Salvador.

— Salvador, ¿y cuál es su ocupación?

Mr. de Marande se sonrió.

— Según dicen, es un mandadero.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! empiezo á comprender ; sí, sí, he de hablar de esa especie de filósofo al general Lafayette, el cual lo apreciaba mucho.

— No sólo habéis oído hablar de él, general, sino más de una vez habéis hablado con él.

— ¿ Dónde ? preguntó maravillado el general.

— En mi casa.

— ¿ He hablado en vuestra casa con un mandadero ?

— ¡ Oh ! bien comprendéis que no había de ir á mi casa con su traje habitual y sus muestras ; estaba vestido como vos, y como yo, y se llamaba Mr. de Valsigny.

— Me acuerdo, exclamó el general, un joven encapuchado.

— Pues bien, voy á pedirle que sea mi segundo testigo. Es un hombre muy influente en las elecciones y reelecciones ; ahora tendría mucho gusto en que pudiese dar testimonio á todas aquellas personas que no ven sino á través de los cristales de mi carruaje.

— ¡ Muy bien ! dijo el general siguiendo al banquero.

— Subieron tres tramos de escalera y llegaron á la puerta de Salvador. El mismo fué quien les abrió.

El joven acababa de entrar, y estaba aún con chupón y pantalón de terciopelo.

— Mi querido Valsigny, dijo Mr. de Marande, os voy á pedir un servicio.

— Hablad, dijo Salvador.

— En muchas ocasiones me habéis ofrecido vuestra amistad en cambio de la mía. Pues bien, vengo á pedir una prueba de esa amistad.

— Estoy á vuestras órdenes.

— Mañana tengo un desafío ; hé aquí al general

del que ha aceptado el ser uno de mis testigos : ¿ queréis darme el honor de ser el otro ?

— Con mucho gusto, señor, y sólo quiero me digáis las cosas : la causa del desafío y el nombre del que os ha desafiado.

— Mr. Loredán de Valgeneuse acaba de atacarme de un modo tan inconsiderado en la Cámara, que no puedo dispensarme de exigirle una satisfacción.

— ¡ Loredán ! exclamó Salvador.

— ¿ Le conocéis ? preguntó Mr. de Marande.

— Sí, contestó Salvador, moviendo tristemente la cabeza, ¡ oh ! sí, ¡ le conozco !

— Pero, ¿ le tratáis con tanta intimidad que rehuséis servirme de testigo contra él ?

— Escuchad, dijo lenta y gravemente Salvador : odio á Mr. de Valgeneuse por razones que sabréis algún día, y se día está muy próximo si he de creer en mis presentimientos. Aun tendría una ofensa personal que vengar en él ; pero vive aún un hombre á quien juré no tocaría á un pelo de sus cabellos, y me parece, señores, que si aceptase el papel de testigo, y en el duelo que va á tener lugar se sucediese una desgracia á nuestro enemigo, no cumpliría exactamente la palabra que he dado.

— Tenéis razón, mi querido Valsigny, dijo Mr. de Marande, y no me queda más que pedir os perdón por haberos molestado.

— Si no puedo servir os de testigo, dijo Salvador, ¿ puedo quizá seros de alguna utilidad como cirujano ; y si aceptáis, estoy á vuestra disposición.

— Bien sabía que me haríais algún servicio, dijo Mr. de Marande, tendiendo la mano á Salvador.

Y salió, seguido del general, el cual se encargó de

venir á la mañana siguiente por el joven que, á título de cirujano, creía poder asistir sin inconveniente al duelo.

Desde la calle Macón se dirigieron á la calle del Luxemburgo, donde vivía el general Pajol, el cual aceptó sin vacilar la proposición de Mr. de Marande.

Un cuarto de hora después, los dos generales entraban en el salón de Mr. de Valgeneuse, á quien encontraron recostado en un sofá riendo á carcajadas con las anécdotas que contaban Camilo de Rozán y otro joven presumido, amigo suyo.

— Señores, dijo el conde Herbel, el general Pajol y yo deseamos hablar con vos un momento en particular.

— ¿ Por qué ha de ser en particular, señores ? exclamó Loredán ; podéis, por el contrario, hablar delante mis amigos, pues nada tengo oculto para ellos.

— En ese caso, señor, continuó secamente el conde Herbel, tenemos el honor de pedirlos, de parte de Mr. de Marande, una reparación del insulto que le habéis hecho.

— ¿ Sois los testigos de Mr. de Marande ? preguntó Loredán.

— Sí, señor, contestaron al mismo tiempo los dos generales.

— Pues bien, señores, dijo Mr. de Valgeneuse levantándose y designando á los dos jóvenes ; hé aquí los míos. Si gustáis entenderos con ellos, les doy plenos poderes.

Después, saludando desdeñosamente á los testigos de Mr. de Marande, salió diciendo á Camilo :

— Voy á hacer que sirvan. Concluid pronto, Camilo, porque me muero de hambre.

— Señores, dijo el general Herbel, ¿ tenéis noticia del insulto de que venimos á pedir satisfacción ?

— Sí, contestó Camilo sonriendo imperceptiblemente.

— Me parece entonces inútil que entremos en detalles, prosiguió el general.

— En efecto, es enteramente inútil, repuso Camilo con la misma sonrisa.

— ¿ Tenéis intención de reparar la ofensa hecha ?

— Eso depende del género de reparación.

— Pregunto si estáis dispuesto á ofrecer vuestras excusas.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, no, dijo Camilo ; toda excusa, por el contrario, nos está expresamente prohibida.

— Entonces, dijo el general, sólo nos queda arreglar las diversas condiciones del combate.

— Vosotros representáis al insultado, dijo Camilo ; proponed, pues, las condiciones.

— Hé aquí lo que tenemos el honor de proponeros ; se batirán á pistola.

— Á pistola, muy bien.

— Los adversarios se colocarán á cuarenta pasos de distancia, no pudiendo andar cada uno más que quince pasos.

— De suerte que si cada cual anda sus quince, se batirán á diez pasos.

— Á diez pasos, sí, señor.

— Es una buena distancia : sea á los diez pasos.

— Las pistolas se tomarán en casa de Lepage, con objeto de que sean enteramente desconocidas á los dos adversarios.

— ¿ Quién las ha de tomar ?

— Cada cual de nosotros llevará un par, ó si queréis, el chico del armero será quien cargue las armas y llevará dos pares ; se sorteará el que haya de servir.

— Perfectamente. Sólo falta indicar el lugar de la cita.

— Alameda de la Muette, si os parece bien.

— Sea en la Alameda de la Muette; en su extremo hay una pequeña llanura bastante oculta y que parece hecha á propósito para una entrevista.

— Pues sea allí.

— ¡ Ah ! olvidábamos la hora.

— No amanece hasta las siete; fijemos la cita á las nueve.

— Á las nueve, está bien; al menos para esa hora tiene uno tiempo para arreglarse un poco.

— Sólo nos queda ya, señores, presentaros nuestros respetos, dijeron los dos generales.

— Recibid los nuestros, contestaron los dos jóvenes levantándose.

Apenas habían desaparecido los primeros, entró Mr. de Valgeneuse en el salón, diciendo:

— ¡ Ah ! qué remolones sois; creía que no acabaríais nunca.

— Hé aquí las condiciones.

— Las condiciones, dijo Loredán, ya las conozco; habíamos convenido en comer á las seis y media, y son las seis y treinta y cinco minutos.

— Pero si te hablo del duelo.

— Y yo de la comida. Un duelo se puede diferir; una comida nunca. ¡ Á la mesa, pues !

— ¡ Á la mesa ! dijeron al mismo tiempo los dos jóvenes.

Y los tres se dirigieron al comedor, donde la señorita Susana de Valgeneuse los esperaba.

La comida fué una continua risa; se murmuró de todo París, y particularmente del banquero; se encarnizaron con Mr. de Marande, poniéndolo en ridículo; se le abatió política, financiera, moral, y sobre todo físicamente.

No se habló más del duelo de la mañana siguiente que del emperador de la China.

¿ Sería respetando la presencia de una mujer, por ligereza ó por orgullosa seguridad del resultado ? Lo ignoramos, ó más bien creemos que había un poco de todo eso en el silencio de los tres jóvenes.

Estaban á los postres cuando el criado particular de Mr. de Valgeneuse presentó á su amo una carta sobre una bandeja de plata.

Loredán fijó la vista en ella.

— ¡ Conrado ! exclamó.

— ¡ Conrado ! murmuró por lo bajo la señorita de Valgeneuse palideciendo ligeramente; ¿ qué quiere de nosotros ?

Por su parte y á su pesar, Loredán se puso tan pálido como la taza de Sèvres que llevaba á sus labios.

Camilo notó la doble emoción que sufrían á la vez los dos hermanos.

— Tengo el disgusto de abandonaros por un momento, balbuceó Mr. de Valgeneuse.

Y volviéndose al criado:

— Hacedle entrar en mi gabinete, dijo.

Y levantándose después:

— Hasta luego, señores.

— Y se dirigió hacia la puerta que conducía del comedor á su gabinete.

Salvador le esperaba de pie.

Era imposible estar vestido con más elegancia que como estaba Salvador, y tener un aspecto más sereno y más noble que el que tenía aquel joven.

Era esta vez, como se acababa de anunciar, Conrado de Valgeneuse.

— ¿Qué me queréis? le preguntó Loredán con mirada llena de odio.

— Deseo hablar un instante con vos, contestó Salvador.

— ¿Olvidáis que no hay más que un motivo posible de conversación entre nosotros?

— El odio que nos profesamos. No, primo mío, no me olvidó, y mi visita es la prueba.

— ¿Vendriais, para que de una vez concluyamos ese odio?

— De ninguna manera.

— Entonces, ¿qué me queréis?

— Váy á decíroslo, primo mío. Mañana os batis, ¿es cierto?

— ¿Qué os importa?

— No me importa eso á mi solamente, sino á mi familia como vais á ver. Mañana os batis con Mr. de Marande en el bosque de Boloña, á las nueve de la mañana. Ya veis que estoy bien enterado.

— Si, sólo falta saber de dónde tenéis tales noticias. Salvador movió las espaldas.

— De cualquier modo que yo haya tenido noticia de vuestro duelo, no modifica el que lo sepa, y ese es el asunto de vuestra conversación, si os agrada.

— ¿Vendriais acaso á predicarme la moral?

— ¿Yo? ¡oh! ¡al contrario! supongo que vos mismo la predicaréis, ¡y superabundantemente! No, vendré sólo á haceros un servicio.

— ¿Vos?

— ¿Os maravilla eso?

— Si habéis venido á burlaros, os anuncio que he escogido mala ocasión.

— No me burlo nunca de mis enemigos, contestó gramáticamente Salvador.

— Entonces, concluyamos, ¿qué me queréis? decid.

— ¿Conocéis particularmente á Mr. de Marande?

— Lo conozco lo suficiente para darle, como espero, mañana una lección de que se acordará, si es que le queda tiempo de acordarse.

— ¡Vamos! dijo Salvador, veo que no le conocéis particularmente. Mr. de Marande, hasta el presente, ha dado lecciones á algunos; pero de nadie las ha recibido aún. Loredán miró á su primo con compasión y á su vez movió las espaldas.

— ¡Ah! esto os hace mover las espaldas, replicó Condo; conozco que tenéis confianza en vos; pero tened confianza en mí un instante y escuchad lo que os digo: Mr. de Marande os matará.

— ¡Mr. de Marande! exclamó riendo á carcajadas el primo.

— ¡Ah! ¡ah! eso os divierte; efectivamente es una graciosa ocurrencia el que un banquero mate á un hombre de vuestra clase y de vuestro mérito; una pistola contra un saco de escudos. Pues bien, ahí está donde vais á cometer la extensión del servicio que os voy á hacer. Mr. de Marande se ha batido cuatro ocasiones que yo sepa, y en cada una de ellas ha muerto á su enemigo; entre otros á Livourne, Mr. de Bedmar, que si mal no recuerdo, era amigo vuestro.

— Mr. de Bedmar murió de apoplejía, respondió Loredán, aunque un poco turbado.

— Mr. de Bedmar murió de un pistoletazo; primo mío, no os acordáis de una cosa, y es, que cuando una familia quiere disimular, por cualquier razón, la muerte de uno de sus indi-

29991

viduos, llama á la apoplejía en su socorro, lo cual es una sencillez de niño. Pues bien, primo mío ; escuchad bien : mañana entre nueve y nueve y cuarto, moriréis, como Mr. de Bedmar, de una apoplejía, y por si eso os agrada, haré que publiquen todos los periódicos el género de muerte que habéis elegido.

— Vamos, eso es burlarse demasiado, dijo Mr. de Valgeneuse animándose cada vez más, os suplico no permanecáis aquí más tiempo si no queréis que la conversación tome otro giro.

— ¿ Qué giro queréis que tome ? ¿ Pensaríais, por casualidad, primo mío, poderme arrojar por la ventana ? Si es así, miradme.

Y diciendo estas palabras, Conrado extendió sus brazos cuyos músculos se designaban bajo su ropa.

Loredán dió maquinalmente un paso atrás.

— Concluyamos, dijo, ¿ qué queréis ?

— Vengo á saber cuál es vuestra última voluntad, prometiéndooos ejecutarla fielmente.

— Seguramente, dijo Loredán, habéis apostado con algún amigo vuestro el hacerme esta burla.

— Yo no apuesto nunca, señor, y no me burlo de nadie. Os digo que seréis muerto, porque el hombre con quien os batis mañana, además de haberlo probado, es verdaderamente un valiente ; mientras vos, esperad, miraos en este espejo, estáis descolorido y vuestro rostro está inundado de sudor. Añadiré por último que si no sois muerto mañana, hay en el mundo un hombre que continuará lo que Mr. de Marande ha empezado.

— Vos, sin duda, replicó Loredán dirigiendo á su primo una mirada de odio.

— No ; yo seré el tereero, contestó Salvador.

— ¿ De quién habláis entonces ?

— Del padre de la joven que robasteis, y que yo saqué de vuestro poder, del padre de Mina : escuchad, pues, formalmente, dijo Conrado, tan formalmente como yo os hablo, porque ya he perdido mucho tiempo aquí. Vuestra muerte es segura, porque si no sucumbis á los golpes del uno, caeréis bajo los de los otros ; ¡ pues bien ! en nombre de vuestro padre, que era honrado entre los más ; en nombre de vuestra madre, á quien las penas llevaron al sepulcro ; en nombre de vuestros abuelos, virtuosos caballeros en cuyo blasón no hay mancha alguna ; en nombre de la humanidad, si os queda alguna virtud, y en nombre de Dios, si hay en vos alguna creencia, os intimo que me digáis qué acciones habéis cometido que tenga que reparar.

— Señor, hasta ya de locuras ó impertinencias, exclamó Loredán ; os mando que salgáis de mi casa.

— Y yo, por segunda vez, os intimo para que no dejéis detrás de vos una acción que pueda manchar mil años de virtud.

— ¡ Concluyamos esta burla, señor, y salid ! dijo impetuosamente Mr. de Valgeneuse.

Pero Conrado permaneció tranquilo é inmóvil en su sitio.

— Por tercera vez, dijo, os intimo para que me digáis el mal que habéis hecho, para que pueda yo subsanarlo cambiándolo en bien.

— ¡ Salid, salid ! exclamó Loredán cogiendo el cordón de la campanilla, y haciéndola sonar violentamente.

— ¡ Que tenga Dios misericordia de vos á la hora de vuestra muerte ! dijo gravemente Conrado al salir.